

el sacerdote, revestido, dejando asomar unas botazas claveteadas, y cerca de él un muchacho recio y firme, ayudándole devotamente. Todo el altar, por extraordinario que parezca, cuajado de flores, que, aun faltando al acto toda preparación escénica, han salido de los huertos y de los jardines descuidados y de la vega que murió de sed.

Hasta este mediodía, por fortuna para los que han de iniciar las tareas reconstructoras, en Tarragona hay poco que hacer. Sólo he visto una casa dañada en la Rambla y el puerto severamente tocado. Pero esto bien comprenderéis que era uno de los objetivos preferidos por nuestros soldados. Por cierto que allí se han dejado los rojos gran cantidad de material ferroviario y bastantes embarcaciones pequeñas. En el centro de la ciudad, la maravillosa Catedral no ha sufrido daños exteriores. Los rojos, en previsión de daños, que nosotros jamás habíamos de causar, tapiaron la portada con una muralla de cemento. El Ayuntamiento, que era al propio tiempo la Generalidad, estaba convertido en un muladar, de donde no tuvieron tiempo de llevarse papeles y documentos; muchos de ellos, esparcidos por el suelo, revelan un propósito que quedó incumplido. La Casa del Pueblo, instalada en un antiguo convento, ha dejado asimismo el ultraje en las paredes con toda suerte de procaçidades y blasfemias, en prueba, sin duda, de la educación que ellos ansían para el pueblo, y por cierto que este pueblo que hoy ha recibido, luego de la misa solemne, la visita de camiones y más camiones de Auxilio Social, cargados de víveres y de pan y de cajas de conservas de distintas clases, estaban tan severamente racionado durante los últimos quince días que a cada ciudadano le correspondía justamente el valor de diez céntimos rojos. Seis u ocho lentejas y algunas berzas. Esto en la capital de la más rica vega, que, a pesar de ella, se moría de hambre hasta este mediodía.

Más prisioneros y descubrimiento constante de depósitos de municiones, y lo que es más criminal: ¡de víveres! Pero estos hombres que se entregan por grupos de centenares ya no son combatientes ni aspiran a otra cosa que a la paz y a la justicia que el Caudillo les ha prometido. Y ésta, a Dios pongo por testigo, y el general Bautista Sánchez lo ha repetido en la vibrante arenga tras la Santa Misa, la tendrán. Dios, España y el Caudillo lo quieren. Y ellos, los que luchan y los que sienten a la Patria tendrán paz, pan y justicia. Como un fruto bendito y maduro pronto lo tendrán.—JUAN DEPORTISTA.

A B C EN EL FRENTE DEL SUR

Escaramuzas y combates en Extremadura, bajo la lluvia

Martes 17, 11 noche. (Crónica telefónica de nuestro redactor.) A pesar de los desesperados ataques marxistas, la impresión del día de hoy es de completo desmadejamiento de las tropas de Miaja. Les habían dicho que un avance rojo por Extremadura era la victoria definitiva, y que la conquista de Peñarroya señalaba el final de la guerra. Y los milicianos, que ansian más que nadie la pronta paz, se lanzaron al ataque hace diez días con un furor y una impetuosidad dignos de mejor causa pero que no les sirvieron para cubrir ni uno solo de sus objetivos principales. En balde han derrochado sangre y vidas a raudales. Las unidades marxistas eran torpe y



EL AVANCE TRIUNFAL DEL EJERCITO ESPAÑOL

EN ESTE GRÁFICO APARECE RAYADA LA PARTE DE CATALUÑA QUE HAN RESCATADO YA LAS INVICTAS TROPAS DE FRANCO

criminally lanzadas una y otra vez a estrellarse contra nuestros parapetos. Y hoy, a fuerza de golpes, duramente tundida por nuestros valientes, la enorme masa de milicianos, es ya material dúctil y maleable sobre la que opera hábilmente nuestro Estado Mayor.

Peñarroya ha servido en esta ocasión de espejuelo y de acicate que incitaba al enemigo a reiterar sus embestidas, en cada una de las cuales se desangraba a girones el Ejército de Miaja. Y tras cada sangriento fracaso se reiteraban las órdenes brutales de conquistar a todo trance lo que era realmente inexpugnable, porque está defendido por el Ejército de Franco.

No se regatearon a Miaja medios y elementos sobrados para obtener, por lo menos, una apariencia de victoria, una conquista— aunque fuese circunstancial— que produjese alguna impresión en el extranjero con motivo del viaje de Chamberlain a Roma. Se le exigía a toda costa la conquista fulminante (aunque fuese por poco tiempo) de Peñarroya. Se le dieron masas de hombres, abundantísimo material, tanques, municiones más que sobradas para sembrar de chatarra todo el sector. Y le dieron cuantos elementos bélicos podía apetecer, en proporciones muy superiores al objetivo que se le señalaba. Pero lo que no pudieron darle fué talento militar.

¡Peñarroya! Ya sabían los rojos lo que apetecían. Su transitoria posesión hubiera tenido, bajo el punto de vista internacional, mayor repercusión que la conquista de una

capital de provincia. Las acciones de Peñarroya se cotizan a diario en París y en Londres y en Nueva York. Si Miaja hubiese conseguido su propósito, toda la propaganda del judaísmo y del marxismo internacional hubiese vibrado en escandalosos aspavientos. Pero en Peñarroya no sólo no ha dejado de ondear la bandera de España, sino que se ha convertido en formidable catapultas, desde donde se han dirigido certeros y eficaces golpes para desgastar y desmoralizar al Ejército de Miaja.

Hemos estado en Peñarroya y saludado al ingeniero director; ni un solo momento han dejado de relevarse los equipos de ingenieros y trabajadores que se turnan en las obras de conservación de minas y fábricas. Los accionistas ¡franceses! saben bien por triste experiencia lo que para ellos hubiera representado que Peñarroya hubiese pasado al poder de las hordas marxistas... Peñarroya, en esta batalla, ha cumplido a la perfección su papel de atraer la codicia del enemigo y excitarle reiteradamente a nuevas embestidas para que una y otra vez se desrozase el testuz contra nuestros parapetos.

Y hoy la enorme masa de milicianos que combaten a las órdenes de Miaja no parecen ni sombra de lo que fué. Se encuentran desorientados y torpes, resentidos al duro castigo sufrido y acorralados por nuestras diversas columnas que saben maniobrar magistralmente en evoluciones parciales, con esa precisión y eficacia que caracterizan a los soldados de Franco para cortar de raíz las